

Crónicas de Salvador Reyes

Edwards Bello declara: "Hoy en día la actualidad deja a veces la sabiduría anterior del periodista en pocas cantidades, como la calderilla o el sencillo de un Rockefeller en lo más visible de su fortuna en la vida corriente... El periodismo es el baluarte y la forma primaria del pensamiento superior susceptible de transformación y perpetuidad".

Dentro el contenido de su vida de diarista Salvador Reyes basó sus temas en una suerte de discrepancia con las costumbres y esperanzas del medio, acorde a la que lo llevaba una fuerte naturaleza protestante que enriquecía su tenacidad. Esa de savia y permanente irritación movía los temas de sus artículos, a los cuales agregaba una fuerte dosis de su rica fantasía o de un esmerado patriotismo si tomaba seriamente acontecimientos históricos, anárquicos y los problemáticos. Pero sin perder nunca el tono que pisaba entrelazando cara a cara a su interlocutor, al querido y paciente lector.

Las crónicas, su devoción cotidiana, cesan a su encuentro vagabundezando por las calles como el paseo que "salio" a pintar vivencias los paisajes en la misma naturaleza. Además no tenía traba en su tarea. Porque solo en excesas oportunidades los temas le eran impuestos por una orden de la redacción.

Estas crónicas que ahora publica la Editorial Portada, son la primera y única compilación de estos sueltos mensajes que no tienen otro fin que gloriar algo en forma anónima. Y es por eso que se leen con el mismo interés de un diario íntimo. Hay en ellas rango biográfico, confidencias personales entretenidas en el natural pasar de las cosas que suceden a todos.

En ellas no juega, sino en escena comedia, lo inesperado y lo fortuito. Toda tensión la borra de lo que se improvina. Y siempre parecen un diálogo imaginario entre el autor y el lector.

El libro que casi alcanza las 400 páginas, lo compone una colección de cortas crónicas, tras un magnífico prólogo de Raúl Silva Espírito, ordenadas bajo rubros que incluyen el carácter nacional, el género humano, las regiones de Chile, la naturaleza y los animales, la vida diaria.

Salvador, creyó, era en el momento de morir, junto con muy pocas otras que han calado voluntariamente su voz, el último de una generación de escritores que, sin abandonar las letras, siguieron en el periodismo, hicieron hogar en él, pese a la obra realizada en el campo literario y sus intereses académicos.

Las crónicas de Salvador tienen por ese calidad justa a su fuerte colorido y amabilidad. Su lenguaje es puro y fluido sin vulgarismos ni barbarismos. Hacía un arte de la crónica libro como advertencia en la gran prensa plasmando la esencia de su autor en un extremo de la página de los editoriales de El Mercurio.

Para explicar este libro no halla nada mejor que cometer un crimen, es desequilibradamente hacer la crónica de sus "Crónicas".

Y vamos adelante sin encrucijados.

En una tarde soleada que le brinda el invierno, el autor se pasa con un amigo por el Parque Forestal, cuando se le avizoran tres muchachas vestidas de monarcas... Observándolas el amigo empieza a desarrollar una curiosa teoría que pasa a recordar:

—Parecen las mujeres de están aflojando cada día más y dejan parecer la coquetería. Esta está muy bien porque hay que terminar con la belleza frívola, la cual es un elemento malvado, desquitador de la sociedad... hasta bajar la historia Marco Antonio liquidado por Cleopatra; Federico de Baviera, asesinado por Luis Montes, pierde el trofeo; Nicanor Llona, una mujer vulgar, no tenía esa sonrisa que solo el genio de Leonardo creó para sus labios.

Ese malicio y un parecido interlocutor que no es sino un doble de Salvador, arguye en su existencia, sobre la educación sexual que trata de comprenderte con los niños:

—Si yo fuera un educador enseñaría a los niños a descubrir las alegrías de la vida, me esforzaría por orientarlos hacia el camino de la felicidad espontánea: traería de infantes el amor por los colores y las plantas, el odio a la crujidad y el egoísmo... Pero como no soy un educador ni guía de ningún niño me quedaré observando desde mi rincón la obra de "los expertos promotores de la tristeza".

Alarma arrancante contra la terrible deserción del chileno:

—Me acerco a la veracruz de una oficina y digo: "Buenas tardes, soy tuvo de tal. Me has invitado que debo firmar aquí mis papeles". El empleado me mira desde su pequeño escritorio y sin decir una palabra se levanta, busca un legajo y me tiende unos formularios. Firmo y pregunto: "¿Esto es todo?" El empleado hace un signo afirmativo con la cabeza. Agregó: "Gracias, Adiós". Mis palabras quedan sin respuesta.

Llego en la noche a un hotel central en Valparaíso. En la recepción hay dos señores bien vestidos que parecen administradores a diestra. Uno lee un prospecto. También hay un portero. Digo: "Buenas noches. Por favor la llave del número tan-

to..." Nadie me contesta. El portero coge la llave del tablero y me la entrega sin pronunciar palabra.

—Un día entré a visitar a un viejo amigo, dueño de una librería. De paso me detuve a mirar unos volúmenes. Se me acercó un empleado que me interpuso: "Dígame".

Le respondí: "Yo no digo nada"... Los comerciantes norteamericanos son de una mala educación perversa... La sonrisa no es chispa. Por lo menos no es satisfactoria... En Santiago existe mucha gente que sin conocerte, se detesta. "Hay miradas que arden", decía Edwards Bello.

El cronista llega a un hotel, un buen hotel, porque desea pasar confortablemente unos días de descanso. Primera dificultad: en el lobby se le explica que no hay habitaciones "mujeres". "Ud. deberá pagar las dos camas". Al cronista esto le parece un poco incómodo pasarse la noche cambiando de lecho para justificar el pago, y se marcha a otro hotel donde consigue una pequeña habitación. Pero al entrar tiene que oírse una exclamación de sorpresa. El cuarto tiene empapelado con dibujos una pared entera. "¡Qué exquisita atención!" se dice estupefacto. "Sólo duda en este hotel estas esteroides que yo soy periodista".... Sabrá que se hay sede mejor para gozar de un baño, acaso que leer un rato antes de apagar la luz. De rodillas se pone sobre la cama para leer aquellas páginas pegadas en la pared. Despierta dormido explícitamente. Ha gritado solamente El cronista. No le han respondido a la cama el diario del 12 de octubre que había en la pared. Sorpresa del turista.

—Otro español asombra a decir: "El clima de Chile es más bonito que bonito".

—Una enfermedad de cuidado, pero que no puso en peligro mi vida, me duró seis días en el pasillo de un hospital particular. Se pidió que habla sido víctima de un ataque cardíaco, unos resfriados fueron a preguntar si ya me había muerto y un canal de televisión pretendió "telejurnar" en cama, al más allá de la muerte que si yo hubiera sido Sofía Loren después de dar a luz... Había que provocar el "impacto". El fallo cardíaco repentina, el accidente de tránsito, lo más espectacular y sangriento posible, porque eso es lo que interesa...

Escribió en su última crónica que cierra esta colección: Es una lejana ciudad donde un club muy exquisito: el de los viajeros. Es confortable y hasta yo diría, lujoso... Allí no se habla del costo de la vida. Se evocan personas que se conocieron, amigos perdidos, hermanos, amigos, tías... También señalan una fecha: la de la próxima partida... Después se va cada uno por su lado. Y relatiendo esta crónica piensas que era como el anuncio de sus últimos días, era lo que buscaba con ala. Ese Club de los fantasma viajeros.

Bartolomé Formalde

Crónicas de Salvador Reyes [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónicas de Salvador Reyes [artículo] Héctor Fuenzalida.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)